

CICLO C
TIEMPO PASCUAL
II DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Cristo, muerto y sepultado, ha resucitado. Para Él y para nosotros ha vencido al mal, al pecado y a la muerte de modo pleno y definitivo, de una vez para siempre. La muerte ya no tiene dominio sobre Él. Vive eternamente en la dimensión de Dios, sin las limitaciones terrenales.

La experiencia de la cruz había sido muy dura para los discípulos. Llenos de miedo, se habían encerrado en una casa. El día de la resurrección, estando cerradas las puertas, entró Jesús Resucitado y les dijo: Paz a vosotros. Les enseñó las heridas de los clavos y la de la lanzada en el costado. Eran la prueba de que el Crucificado era el mismo que había resucitado. Exhaló el Espíritu Santo para el perdón de los pecados sobre los discípulos, que se llenaron de alegría. La historia de Jesús no había terminado con su muerte. Todo lo contrario. Su fuerza salvadora, para Él y para nosotros, va más allá de la muerte, a la que vence y supera definitivamente.

“El amor misericordioso de Dios llega a nosotros a través del corazón abierto del Resucitado”, decía Juan Pablo II, que designó como Domingo de la Misericordia Divina al II Domingo de Pascua. Jesús muestra las heridas de su muerte en cruz. A los discípulos, a Tomás el incrédulo y también a nosotros. Porque siguen siendo ahora heridas vivas, prueba de su amor. Cristo es infinitamente compasivo y misericordioso. Que pone corazón y entrega: es el hombre para los demás. El Resucitado ya no padece, pero sí compadece. Sufre con nosotros, por nosotros y en nosotros. Creemos en un Dios herido. Nuestras heridas son sus heridas.

“Cristo ayer y hoy”. Con estas palabras, mientras se señalaba la cruz y el número del año en curso, fue consagrado el cirio pascual, que luciendo enhiesto en nuestras iglesias, nos recuerda un hecho trascendental: que el Crucificado Resucitado, con “sus llagas santas y gloriosas”, está vivo y sigue difundiendo su luz y su vida a los hombres y mujeres de todos los tiempos: desde el bautismo hasta las exequias, en cuyas ceremonias también estará presente el cirio.

A los ocho días Jesús volvió a aparecerse a sus discípulos. Ya estaba Tomás con ellos. "Si no veo no creo", había dicho. Y exigía meter la mano y los dedos en los agujeros de los clavos y de la lanza. Tomás creyó y confesó a Jesús: "Señor mío y Dios mío". Le responde Cristo: "¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto". Esto significa que lo que nos pone en contacto con Jesús es la fe, que es la que nos salva.

Nosotros estamos unidos a Él, injertados en Él. Mediante el bautismo y mediante la fe, que obra por el amor participamos ya de la vida divina de Cristo, de su ser de Hijo de Dios. De su ser filial y de su ser fraternal. En Él podemos salvar la distancia que hay entre nuestra miseria y la naturaleza divina: la bondad infinita, la vida inmortal. En esto consiste la salvación del pobre ser humano. Somos ya hijos de Dios, partícipes por la gracia de la naturaleza divina. Esto es realidad y verdad. No una forma piadosa de hablar.

Todo el que cree en el Resucitado, aunque no lo haya visto, ni palpado, ni comido con Él, tiene la fuerza de Dios para alcanzar esta su salvación. Una fe viva y verdadera, que obra por el amor auténtico a Dios, sobre todo, y al prójimo como a nosotros mismos.

No creemos en algo: en cosas, tradiciones y costumbres. Creemos en Alguien: en una persona viva, la de Cristo, que ha vencido definitivamente al pecado y a la muerte. Y da una orientación nueva y decisiva a nuestra vida. Creer en el Crucificado Resucitado es creer que el amor es más fuerte que el mal, el pecado y la muerte.

El mejor comentario a la respuesta que Jesús dio a Tomás está en las palabras de San Pedro en su primera carta (1, 8-9): "No habéis visto a Jesucristo y lo amáis; no lo veis y creéis en Él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación".

Cristo vivo y glorioso es en persona nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida. Por eso, nuestra relación con Él debe ser viva y existencial, de corazón a corazón, de persona a persona. No para ser vistos: sino con autenticidad y verdad.

En la eucaristía, sacramento pascual, está presente Cristo resucitado real, verdadera y sustancialmente. Se nos ofrece como comida y como bebida. El Señor nos asimila a sí mismo resucitado y glorioso, para que vivamos con Cristo y como Cristo, venciendo al pecado, al mal y a la muerte.

MARIANO ESTEBAN CARO